

PASEO NOCTURNO
POR LA VIEJA CIUDAD

100 años
de la visita de
Alfonso XIII



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria

Fiestas Fundacionales 2006

PASEO NOCTURNO
POR LA VIEJA CIUDAD

100 años
de la visita de
Alfonso XIII



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria

Fiestas Fundacionales 2006

© por los textos: los autores.

© de la presente edición:

Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

Colaboran: Real Sociedad Económica de Amigos del País de
Gran Canaria.

Fundación Mapfre Guanarteme.

Colaboran en el paseo: Parlamento de Canarias

FEDAC

Diseño editorial: PREMÓN. Asociación Cultural de
Ediciones y Periodismo.

Depósito Legal: G. C. 463 - 2006

Imprime: TEGRARTE, s.l. - Textos, Gráficos & Arte de Telde.

Tfn. 928 69 55 51 - La Herradura - Telde - Gran Canaria.

SALUTACIÓN

Asistimos a un nuevo Paseo Nocturno por la Vieja Ciudad, una de las actividades más esperadas, concurridas y significativas cada año del programa de actos de las Fiestas Fundacionales de Las Palmas de Gran Canaria, en el que aprovechamos el cumpleaños de la ciudad para acercarnos a algunos de los eventos más señalados de su historia, como en el caso de este año, la primera visita de un monarca a esta isla a comienzos del pasado siglo.

En acta de 26 de marzo de 1906 el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria hacía constar el júbilo que sentía por «el fausto y trascendental hecho de la visita del Rey, Don Alfonso XIII, primero de nuestros monarcas que pondrá su planta en tierra canaria al cabo de cuatro siglos transcurridos desde que forma parte de la nación española y autorizar con toda amplitud a la Alcaldía, para que, sin escatimar medios ni detenerse ante ningún obstáculo, disponga cuanto sea necesario para que el recibimiento y homenajes que se tributen a S. M. sean dignos de la augusta persona...».

El pasado 30 de marzo se cumplían cien años de la llegada a Las Palmas de Gran Canaria de D. Alfonso XIII;

cien años de una visita que se convirtió en uno de los cuatro actos más destacados y concurridos a lo largo de todo el siglo XX en esta ciudad; y que, frente a la visión de esterilidad que algunos tenían de las visitas regias, en Gran Canaria resultó enormemente fructífera, pues se dio en un momento en el que la ciudad vivía unos años de modernización y progreso, tras la inauguración de su nuevo gran Puerto de La Luz, con el impulso de sus exportaciones, la potenciación de sus relaciones comerciales internacionales y el desarrollo de su sector turístico, y requería del enorme eco que la visita de Su Majestad le dispensaría dentro y fuera de España, a la vez de conseguir una mayor sensibilidad del Gobierno hacia las necesidades punteras de una población que, con el nuevo siglo, comenzaba a descollar y se convertiría en una plaza importante y decisiva para el conjunto de la Nación.

La visita de D. Alfonso XIII a Las Palmas de Gran Canaria se recordó no sólo entre quienes fueron sus protagonistas, que lo fue el conjunto de la población, todos y cada uno de los miles de ciudadanos que en pocos días, gracias a un esfuerzo y un trabajo desinteresado, lograron disponer la ciudad con el mayor lujo posible para recibir al Rey, sino entre las generaciones posteriores que siempre recordaron, como les fueron transmitiendo sus mayores, los acontecimientos enormes que la ciudad había vivido aquellos primeros días de abril de 1906.

Si la ciudad vivió entonces una de las páginas más intensas de su historia, bueno es que hoy, al comienzo de otro siglo, y cuando es ya habitual recibir la visita, por uno u otro motivo, de SS.MM. los Reyes, recordemos esta

noche de junio, casi ya al calor de las hogueras de San Juan, lo que significó y la trascendencia que tuvo aquella primera visita regia, y que esta conmemoración la hagamos desde esta edición del Paseo Nocturno por la Vieja Ciudad 2006, sumándonos con ello a la propuesta del Parlamento de Canarias, en la que se solicita que todas las poblaciones canarias que en aquel entonces tuvieron la honra de ser anfitrionas del viaje de D. Alfonso XIII organicen, dentro de sus fiestas principales de este año, un acto de recuerdo de aquella de 1906.

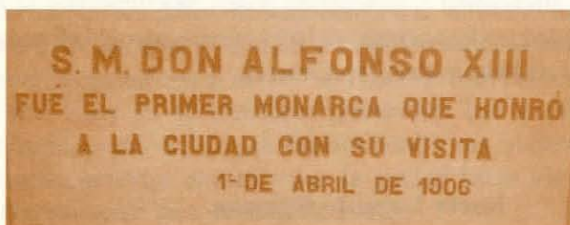
Si al partir de nuevo hacia la península D. Alfonso dijo a su augusta madre que aquí le habíamos recibido con el alma, esta alcaldesa está convencida de que, durante los cien años que han transcurrido hasta hoy, Alfonso XIII y el recuerdo de su visita han permanecido inalterables en el alma de miles de isleños y de sus familias. Bueno es que ahora lo recordemos, como ha propuesto a todos la presidencia del Parlamento de Canarias y como desde el Ayuntamiento hemos querido hacer, aprovechando este ya tan tradicional y concurrido paseo Nocturno por la Vieja Ciudad, en las vísperas del 528 aniversario de la Fundación de Las Palmas de Gran Canaria.

Josefa Luzardo Romano.

Alcaldesa de Las Palmas de Gran Canaria.



Alfonso XIII en el Palacio Episcopal, Plaza de Santa Ana, que fue su residencia oficial durante su visita a Las Palmas de Gran Canaria.



Placa conmemorativa de la visita regia colocada en 1906 en las Casas Consistoriales y que aún se conserva.

PRESENTACIÓN

La visita del rey Alfonso XIII fue sin duda un acontecimiento con trascendencia política más allá de la importancia social que para la ciudad tuvo la primera visita regia. Por primera vez, en la historia de la ciudad un monarca visitaba el archipiélago. Pudo conocer de primera mano la situación de las islas y el debate político que se vivía entonces y que terminaría con la creación de los Cabildos Insulares y más tarde, la división provincial. Para las autoridades locales fue todo un reto de organización y la ciudad se volcó en este acontecimiento. Precisamente, la visita real es el motivo que hemos elegido para nuestro Paseo Nocturno por la Vieja Ciudad cuando se cumplen cien años de esta efeméride.

El recorrido nos invita a reencontrarnos con los lugares por donde pasó el rey con su séquito, una visita que se vivió con especial intensidad no sólo por las autoridades locales del momento, sino por una población que llenó las

calles para dar la bienvenida a Alfonso XIII.

Comenzaremos nuestro recorrido en el Parque de San Telmo, frente a la fachada del Palacio Militar. Aquí se realizó una misa de campaña y una jura de bandera en el segundo día de visita oficial a la ciudad. La calle mayor de Triana, testigo de una singular batalla de flores que se realizó en honor al rey, es nuestra segunda parada. A continuación nos dirigiremos a la Plazoleta Hurtado de Mendoza y finalizaremos nuestro recorrido en la Plaza de Santa Ana.

Quiero agradecer las intervenciones de quienes serán nuestros guías en esta ocasión, Miguel Rodríguez Díaz de Quintana, que nos hará una fotografía general de esta primera visita real; Juan José Laforet, Cronista Oficial Adjunto de la ciudad, que con su maestría habitual nos trasladará el ambiente festivo y lúdico que vivió Las Palmas de Gran Canaria esos días; Javier Campos Oramas, quien nos explicará el contexto de la política municipal en ese momento con el alcalde Ambrosio Hurtado de Mendoza a la cabeza de la organización del evento y Juan Ramón Gómez-Pamo Guerra nuestro último ponente que nos hará una descripción de la visita de Alfonso XIII en La Plaza Santa Ana, el centro neurálgico de la ciudad.

El recorrido que hacemos este año tiene un significado especial, ya que coincide en el tiempo con la presentación de la candidatura de nuestro centro histórico como Patrimonio de la Humanidad. Un reconocimiento que todos esperamos y en el que cada ciudadano de Las Palmas de Gran Canaria ha aportado su granito de arena.

El Paseo Nocturno es el mejor pretexto para acercarnos un año más a nuestra historia que cumple 528 años. Un recorrido a pie para compartir y disfrutar de lugares que fueron los verdaderos testigos y que tuvieron un alcance fundamental en la conformación de la urbe que hoy conocemos.

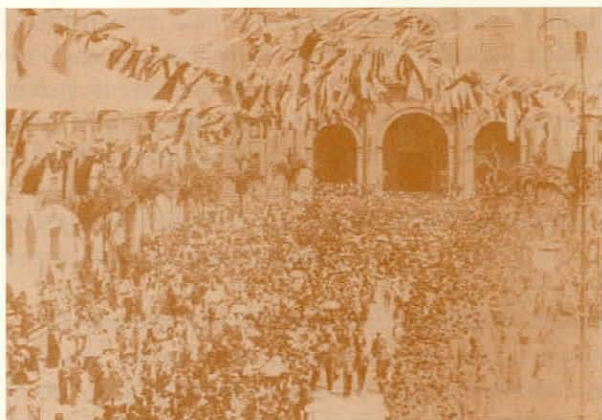
María Isabel García Bolta.

Concejala de Cultura, Turismo y Carnaval.

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD



Alfonso XIII en el momento de su desembarco en el Puerto de la Luz



Recibimiento del Rey en la Plaza de Santa Ana, completamente engalanada y abarrotada de público.

RECORRIDO REAL MOTIVOS DE LA VISITA Y LLEGADA A GRAN CANARIA

Según aseguran las crónicas, a lo largo del pasado siglo sólo cuatro grandes manifestaciones populares se desarrollaron en nuestra ciudad. La primera de ellas la va a motivar la visita del Rey Don Alfonso XIII. De cuarenta y cuatro mil quinientos habitantes censados en el Municipio, más de cincuenta mil personas vivieron en la capital la extraordinaria efeméride. Familias campesinas de nuestras cumbres, que nunca habían estado en Las Palmas, gastaron todos sus ahorros para venir a ver al soberano español, el primer monarca que visitaba el Archipiélago.

Como nos imaginamos que se estarán preguntando cuáles fueron las otras multitudinarias concentraciones, brevemente diré que la segunda tiene lugar al término de la Guerra Civil española, cuando en acción de gracias se trajo a la Virgen del Pino acompañada de los habitantes de la isla.

La tercera se produjo también por motivos religiosos y se desarrolló durante la campaña organizada por el padre Peyton, bajo el eslogan: *La familia que reza unida, permanecerá unida*. Y la última, a la que todos asistimos, tuvo lugar cuando al grito de ¡Universidad, ya! cuatrocientas mil personas invadieron las calles de esta ciudad.

Volviendo al tema que hoy nos convoca, y para conocer mejor el impacto que produjo aquella visita, no hay que olvidar, que al morir Alfonso XII y comunicar su viuda que se encontraba embarazada de tres meses, hubo que esperar a conocerse el sexo del nuevo infante para ver a quien se coronaría. El pueblo vivía la gestación de la Regente con tanta ansiedad, que hasta las pasiones políticas desatadas en la época se calmaron. Fue de tal magnitud el acontecimiento del natalicio del nuevo Rey, que la nación vivió como suyo aquel alumbramiento. Fue, en definitiva, el hijo que se esperaba en todos los hogares españoles.

Resultaba lógico, pues, que nuestros antepasados vieran con inenarrable entusiasmo la visita de los personajes reales, tan íntimamente vinculados a aquella generación. Alfonso XIII tenía entonces diecinueve años y estaba a punto de contraer matrimonio con una princesa inglesa. Venía acompañado de su hermana Doña María Teresa y de su marido, el Príncipe de Baviera, que acaban de casarse en Madrid.

Trazando un somero perfil de los augustos viajeros, recordar que hasta aquel momento Don Alfonso XIII se-

guía recibiendo una esmerada educación. El joven monarca había tenido en su infancia una salud muy precaria y que gracias a los cuidados que su madre se empeñaba en suministrarle, se había convertido en un muchacho vigoroso y, aunque delgado, robusto, llegando a admirarse su resistencia física por todos los que le rodeaban.

En aquella época de su viaje, su desayuno consistía en té o café, pastas y huevos pasados por agua. Le gustaba la música y la lectura. Tocaba el piano y conocía a fondo los escritores clásicos españoles. Le gustaba montar a caballo, jugar al billar y practicar la esgrima.

Todas estas aficiones las compartía con sus estudios y la formación militar que recibía de sus numerosos profesores. Diariamente leía la prensa. La jornada diaria la terminaba jugando unas partidas de ajedrez o de billar, y se relajaba fumándose un par de cigarrillos.

Su hermana la Infanta Doña María Teresa, se caracterizaba por la inteligente viveza de su gesto y sus bondades. Estaba considerada una de las damas más virtuosas, cultas y buenas de las cortes de Europa. Hablaba y escribía con asombrosa corrección francés, inglés y alemán. También destacaba como pianista excelente, dibujante notable y le encantaba bordar y hacer encajes de muchísimo mérito.

Casada con su primo hermano Don Fernando María de Baviera, dos años más joven que su mujer, con este motivo fue creado Infante de España, y la visita a Canarias acom-

pañando al soberano la aprovechaban los recién casados como viaje de *Luna de Miel*. Precisamente durante su estancia en las islas, Doña María Teresa quedó en estado de buena esperanza de su primer hijo.

Era el cuñado del Rey un joven que sobresalía por su delicada arrogancia y cumplimentada caballerosidad. Militar culto y pundoroso y oficial de los ejércitos alemán y español, también destacaba como sensible artista, como lo fue su padre, y afectuoso como su madre la Infanta Doña María de la Paz.

Mucho se ha especulado sobre los verdaderos motivos del viaje del Rey a Canarias. Una visita de esta índole y más en aquel momento, lógicamente encierra un cúmulo de causas, pero la principal razón estriba en la necesidad que tenía el soberano de adquirir popularidad directa entre sus súbditos. El Rey jura la Constitución española en mayo de 1902, al cumplir los dieciséis años. Inmediatamente, por iniciativa y gestión de don Antonio Maura, el ministro de la gobernación, el joven soberano se pone en contacto personal con todos los estamentos de la nación. Su primera visita la realiza a Barcelona, por la delicada situación separatista de siempre que atraviesa Cataluña. La prensa lo trata mal. El Ayuntamiento de la ciudad acuerda no recibirle en corporación. Más de cuarenta mítines republicanos se celebran el día de la llegada del Monarca. Pero Don Alfonso no se amilana, a caballo desde el Apeadero de Gracia a la catedral, acaba por ganarse la simpatía popular. Hay, eso sí, un petardo en la Rambla, y algún disturbio en la calle de Lauria,

pero poco a poco, durante el desfile de las tropas ante la Capitanía General, el rey va recogiendo ovaciones calurosas y expresivas que garantizan que el regio visitante podía visitar aquella tierra española. El éxito de aquel recorrido propuesto por Maura va a ser el detonante de la política viajera de Don Alfonso XIII. De Cataluña embarcó para Baleares. Estuvo luego en Marruecos –siempre el eterno problema de Marruecos- y en Andalucía, y finalmente, tras un viaje que duró cuarenta días, el Rey regresó satisfecho a Madrid, prometiendo a su gobierno que a partir de ese instante no dejaría de visitar ninguna provincia española.

La inminente boda del Rey, entre otras razones, hizo que no se conociera la fecha exacta de la visita a Canarias hasta tres días antes de la salida de Madrid. Desde enero, ya las autoridades isleñas estaban avisadas. En honor a la verdad, hay que decir que por aquel entonces en las islas se respiraban aires marcadamente republicanos y las luchas políticas llegaban a ser encarnizadas. No todos nuestros representantes acogieron con simpatías la visita regia. El Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, por ejemplo, a regañadientes le recibió. El éxito, el gran éxito de la visita se logró, en todas las islas, por el entusiasmo y el calor popular del pueblo llano.

Desde el puerto de Cádiz la comitiva regia partió rumbo a Canarias la tarde del 24 de marzo. Venía en un barco de fabricación alemana remodelado para la ocasión por el Marqués de Comillas, que respondía por el nombre de Alfonso XII. La visita a las islas iba a tener una duración de tres

semanas. Santa Cruz de Tenerife, como capital del archipiélago, iba a ser la primera escala. Acabado el recorrido por la vecina Nivaria, la siguiente estancia estaba programada en la Isla de La Palma. Lamentablemente para todos los habitantes y autoridades incluidas, en aquellas jornadas reales un horroroso tiempo de noroeste amenazaba constantemente. Muchos actos se deslucieron, incluso las visitas a las islas se tuvieron que recortar. Cuando el buque real se estaba acercando al puerto palmero, el peligro del mar y del viento aconsejaron que se cambiara el rumbo y se visitara antes Gran Canaria. Esta alteración en el programa produjo que nos cogiera desprevenidos. La prensa llegó a manifestar su enojo en los periódicos de la época. El Rey llegó sin avisar y decidió pasar un día de incógnito en la ciudad, que a tenor de las anécdotas conocidas, no lo debió de pasar mal.

Una vez hubo arribado el buque real, el ministro de la Gobernación, Conde de Romanones, el ministro de Marina y el alcalde de la ciudad, que entonces era don Ambrosio Hurtado de Mendoza, se reunieron en la comandancia para perfilar el programa de actos. La mayor preocupación de Romanones era que aún no estaban todos los preparativos dispuestos para recibir al monarca, y al solicitarle al alcalde cómo y cuándo podía desembarcar el Rey, Hurtado de Mendoza, haciendo gala de su arrogancia isleña, respondió al ministro que desde el instante que S.M. lo decidiera. Se fijó las once de la mañana del día siguiente.

Ni que decir tiene que a partir de aquel momento no

hubo manos paradas en la ciudad. 1.200 obreros se dedicaron a levantar la serie de arcos triunfales a lo largo del recorrido. Se dice que aquella noche no durmió nadie. Todos, desde la joven más humilde a la más aristocrática, se pasaron las horas confeccionando guirnaldas para adornar con flores ventanas y balcones, engalanando fachadas con banderas, tapices, colchas y gallardetes, e iluminando frontis con farolillos y luces. Los muchachos se encargaban de recoger todas las palomas públicas para introducirlas en ceretos y soltarlas posteriormente al paso de S.M. La ciudad amaneció bellamente engalanada, aunque también tenemos que decir que el terrible viento no cesaba y muchos de los adornos acabaron desapareciendo.

Pero vayamos al momento memorable de la entrada en la ciudad del Monarca. Como se había previsto, a las once de la mañana el Rey bajaba por la marquesina del muelle, diseñada por el artista isleño don Julián Cirilo Moreno. A bordo de un *landó* inglés prestado por la familia Manrique de Lara, con caballos y cochero incluidos, Don Alfonso, acompañado del alcalde Hurtado de Mendoza, hizo su entrada triunfal. Se dice que no se puede describir con palabras el momento que el soberano atravesó el arco de bienvenida colocado a la entrada de Triana. El clamor fue tan ensordecedor y el entusiasmo tan desbordante que no se recordaba cosa igual en la isla. Un cronista de la época decía que resultaba emocionante ver a tantos hombres, robustos como palmeras, con las caras reseca y cuarteada por el sol, destocándose al paso del soberano con los ojos bañados de lágrimas. El eco de aquella visita ha perdurado

siempre y es de justicia que un siglo después la recordemos.

Por este Parque de San Telmo, Don Alfonso XIII pasará una docena de veces. Es lógico que siendo la entrada y salida de la ciudad, haya sido el lugar más visitado por el Monarca. Aquí se celebró una misa de campaña y jura de Bandera. También será escenario de numerosas anécdotas. Una de ellas, que pudo ser trágica, conmovió a los ciudadanos. El gremio de Mareantes de la Iglesia de San Telmo, para sacar algunos fondos que paliara su maltrecha economía, estuvo autorizado para levantar tribunas y palcos de madera y luego alquilarlos al mejor postor. Con las prisas, alguna de las tarimas no quedó bien consolidada. Abarrotadas de público durante los actos que presidía el Rey, una de ellas se desplomó. De inmediato, Don Alfonso acudió hacia el lugar de la catástrofe. No había ocurrido nada. No hubo heridos, pero resultó tan impactante entre los contusionados la presencia del Rey preocupándose por su salud, que entonces sí hubo desmayos e histéricas crisis de ansiedad. Los heridos, en vez de quejarse, vitoreaban emocionados.

Era entonces general gobernador militar, el laureado soldado don Cándido Hernández de Velasco que, si se me permite la licencia, diré que era el abuelo de nuestro musicólogo, Lothar Siemens. Con él, don Alfonso XIII visitó el interior del palacio militar de Gran Canaria. Hago esta referencia porque hoy son numerosas las familias isleñas que sus padres, abuelos y bisabuelos vivieron jornadas muy directas con los regios personajes, y en muchos hogares

canarios se siguen guardando objetos que se vincularon con la visita.

El Rey estuvo en nuestra isla durante tres días. Prácticamente las jornadas debían de ser agotadoras por la cantidad de actos a los que asistió, siempre muy animado y sin perder su contagiosa sonrisa que cautivaba, sobre todo a las féminas que no dejaban de esperarlo, horas y horas, a lo largo de los recorridos del cortejo. Desde un primer momento, hubo una especie de complicidad entre el Rey y las jovencitas canarias, conocedoras de la afición a las faldas del joven soberano. Al Rey le gustaban las mozas rubias y de ojos azules, muy del estilo de la que luego sería su mujer. Una de nuestras paisanas, de quince años, de estas características físicas, y después de observar que al monarca no le era indiferente, pues la miraba con ojos embelesados, tuvo el atrevimiento de subir a una de las tribunas en las que el rey se encontraba con su hermana Doña María Teresa, para obsequiarle con un ramo de flores. El momento de la entrega hizo estremecer a la población testiga, que observó cómo al muchacho real se le caía la *baba*. La sorrocanería del populacho bautizará a la intrépida canaria con el sobrenombre de *la Batember* —*La Bateguevos*, en el hablar popular canario-, por ser el apellido de la que luego sería Reina de España (1).

Como los demás actos de esta visita serán comentados en su momento y en los lugares más acorde con las vivencias de las respectivas jornadas por otros compañeros, señalar que el programa aprobado definitivamente iba a

consistir en un Te Deum, visita al tesoro catedralicio, recepción en las Casas Consistoriales, visita al Museo Canario, merienda con atracciones en el Hotel de Santa Catalina, recorrido por los cuarteles, función de teatro, misa de campaña con jura de bandera, visita a las baterías militares de la Isleta, paseo a Tafira con almuerzo ofrecido por los comerciantes de la ciudad, visita a los Municipios de Santa Brígida, San Mateo y Arucas, recepciones en el buque real y el agasajo de una tradicional batalla de Flores, que posiblemente fue de todos los momentos el que más divirtió al soberano. El Rey y los infantes se llegaron a hospedar en el Palacio Episcopal.

La visita a la ciudad de Arucas estaba prevista y aprobada desde un año antes. A estos fines había estado en las islas el ministro Eduardo Cobián, con objeto de tantear si el ambiente insular era propicio para que la visita pudiera realizarse. En Arucas residía una familia emparentada estrechamente con un tío del Rey, y resultaba lógico que don Alfonso XIII les visitara, máxime cuando ya se había oficializado el encuentro. Para ello el municipio no regateó esfuerzo para brindarle al soberano un apoteósico recibimiento. Las crónicas hablan del elevado presupuesto gastado por la ciudad norteña para agasajar al monarca, pero don Alfonso no apareció. El plantón se consideró como una ofensa. Nunca se dio una convincente explicación ni se pidió disculpas por la incomparecencia.

Las causas, que andando el tiempo se conocieron, tienen todos los ingredientes de un novelesco pasaje, más

propio de una serie televisiva, que de una formal visita de estado. Parece ser que la Reina Regente había dado la consigna al Conde de Romanones para que tal visita no llegase a producirse. Doña María Cristina, que por su exceso de moralidad se le conocía cariñosamente como *Doña Virtudes*, era además celosa y vengativa. La trama refiere que la Reina Madre sufrió en carne propia ciertos devaneos de su marido con la sobrina del canario residente en su palacete de Arucas. A la muerte de Alfonso XII, la dolidia soberana prácticamente la *desterró* a París, pero la doncella ya había casado con un primo hermano del rey difunto, por lo que ahora prevalecía entre ambas ramas familiares un cercano parentesco. Aquel desprecio coleó durante mucho tiempo y se saldó años después al resarcirse con un título nobiliario.

Al margen de frivolidades, las consecuencias de la visita del rey Don Alfonso XIII tuvieron su importancia, y van a dar paso a una serie de mejoras en nuestra administración, no todas las que se precisaban y pidieron, pero bastante valiosas. Por la visita se logró que el Consejo de Ministros tomara ya en serio el deseo unánime de la división de la provincia. También iba a ser el detonante de la creación de los cabildos insulares. El simple hecho de haber tenido las islas un gran protagonismo y su nombre ser reiteradamente reproducido en la prensa europea de la época, ya nos proporcionó una beneficiosa proyección de marcado relieve que redundará en nuestra economía y en nuestras relaciones sociales, turísticas y deportivas.

¿Y qué le marcó Canarias al Rey con motivo de su

estancia entre nosotros? Aparte del contacto directo con su pueblo, de conocer la realidad de las islas, sus problemas y necesidades, se jactaría diciendo que era una tierra, aunque bastante atrasada, hermosa y además vergel de bellísimas mujeres. Aunque resulte frívolo decirlo, Alfonso XIII empezó en nuestra ciudad a entusiasmarse por los juegos de golf y tenis, entretenimientos entonces bastante desconocidos en la España peninsular, pero que admiró con deleite al ver jugar a los ingleses, con cuya colonia, que tuvo un gran protagonismo, estuvo muy vinculado. Y, entre otra de las anécdotas de su biografía que nos anima a puntualizar aquí, es que, convidado por aquellos ingleses a saborear tantas marcas de exquisito tabaco extranjero, el soberano se convirtió en un empedernido fumador, cuya dependencia no la va a abandonar nunca, hasta el punto de llegarse a comentar con cierta sorna su comparecencia a actos públicos llevando entre los guantes de su uniforme militar un camuflado pitillo.

Cuando se celebró en el Hotel Santa Catalina el animado Party Garden, el rey no dejó de fumar ni un instante. Las puntas de colillas iban siendo recogidas por las jóvenes invitadas. Una de ellas, inglesita romántica, la guardó en una cajita de plata como un preciado trofeo. Durante todo el viaje, don Alfonso XIII no dejó de emitir exclamaciones: *¡Esto es verdad, esto es verdad, sale del corazón de este gran pueblo que no miente! ¡Dejad al pueblo que se acerque! ¡Vivan las canarias bonitas! ¡En Tenerife me han recibido con flores. Aquí, con el alma! ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Todo esto es verdad, auténtico. He pasado uno de los días más alegres de mi vida!*

En fin, creemos que cien años después de ocurridas todas estas vivencias, recordarlas, aunque sean menudencias, tienen una curiosidad amable, incluso hasta sugestiva, y nos parece que con el conjunto de todo cuando vamos a oír esta tarde, nos ayudaran a involucrarnos mejor en la visita que Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII, alias *el Africano*, realizó a las Islas Canarias.

Miguel Rodríguez Díaz de Quintana

(1) Se trataba de la joven María Regina Pérez Guillén – María Pérez, para sus amistades-, de madre inglesa, fue adoptada por un matrimonio canario sin hijos, propietarios de la afamada pastelería *La Perla*, establecida en la calle Cano, la cual casó en 1908 con don Vicente Pelegero, un militar que tenía la condición de héroe en su expediente castrense por haber sido uno de los *últimos de Filipinas*.



Arco de bienvenida a Alfonso XIII ubicado en la actual confluencia de las calles León y Castillo y Colmenares.



Casas engalanadas y gentío en la calle esperando el paso de la comitiva real por Triana.

LOS ACTOS FESTIVOS Y LÚDICOS DE UNA VISITA REGIA

Una referencia a los actos festivos y lúdicos de la visita regia que el rey Alfonso XIII giró a Las Palmas ¹ entre el 31 de marzo y el 2 de abril de 1906, no significa una mera narración de los aspectos más frívolos, pasajeros y sin importancia de un acontecimiento que revestía una trascendencia enorme, tanto por ser la primera vez que un monarca visitaba Canarias, como por el momento tan señalado en que lo hacía, en especial para la capital grancanaria, que, tras la modernización que disfrutó en la segunda mitad del siglo XIX y con la inauguración del moderno Puerto de La Luz, asistía un despunte económico, cultural y social muy interesante, que no sólo se vería avalado con la visita de del Rey, sino que aprovecharía la enorme resonancia que la misma conllevaría dentro y fuera de España, a la vez que se aproximaron posturas y se cerraron acuerdos en determinados asuntos políticos y administrativos de interés crucial para Gran Canaria, sino que constituyen una vertiente muy eficaz para valorar mejor materias como la simbología del poder y conceptos de preocupación tan antigua como el de

«el rey ausente». Así, vemos como el periódico *El País de Madrid*, en su edición del 7 de abril de ese año, resaltaba como se trató de «...un viaje patriótico, oportuno, verdaderamente útil para España, pues venía a apretar los lazos un tanto relajados entre aquella lejana provincia y la metrópoli...».

Tengamos en cuenta que, en este campo que tratamos, como ha señalado Marion Reder Gadow, de la Universidad de Málaga, la reedición de obras como la de Deleito Piñuelas, «El rey se divierte, ...también se divierte el pueblo»², ha estimulado una revisión del ceremonial y el ritual cortesano para comprender y evaluar de forma más precisa los distintos reinados de los Austrias y los Borbones.

Además, hoy se constata, a través de numerosos estudios, la importancia que tiene el estudio de las ceremonias públicas, tanto en las monarquías del antiguo régimen, como en otros ámbitos de poder más actuales, para conocer y valorar mejor las sociedades en las que se daban. Como señala Roberto J. López, de la Universidad de Santiago de Compostela, «la abundancia y sobre todo la creciente riqueza documental puesta al descubierto, así como la mayor profundidad de los instrumentos conceptuales y metodológicos empleados, han dejado claro que el estudio de las ceremonias no se reduce a la elaboración de un anecdotario de curiosidades protocolarias o festivas...», sino que, muy al contrario, «... la calidad de los trabajos publicados aleja cualquier tentación de calificarlos como anecdóticos»³. No se entendería bien «la imagen del rey»,

y con ella la del Estado, en un momento determinado de su historia, sin una referencia a estos eventos festivos, sobre todo si tenemos en cuenta, como señala el propio Deleito Piñuelas para la época de Felipe IV, pero también aplicable a otros momentos y personajes, que «la abundancia excepcional de fiestas organizadas por el rey y la Real Familia, o en obsequio de éstos, o para solemnizar sucesos que les afectaban, no se manifestó sólo en Madrid y en los Sitios Reales, sino que tuvo por teatro todos los ámbitos de la Monarquía Española»⁴.

El ceremonial de los Borbones, a excepción de sus primeros tiempos con Felipe V y en especial en el siglo XIX, sigue el protocolo español tradicional, aunque influyen decisivamente el Reglamento de Ceremonial dado por Felipe V el 25 de abril de 1717, del que emanan los principios de precedencias que se mantendrán a lo largo del todo el XIX y primeros años del XX, la existencia de la Constitución de Cádiz de 1812, los principios liberales e igualitarios que se difunden a partir de la Revolución Francesa y el auge y posicionamiento progresivo de la burguesía. Además, habrá que resaltar, y es algo de interés para el momento al que aquí nos referimos, como se da, de un lado, en tiempos de la regencia de María Cristina un auge de las exigencias protocolarias y de la etiqueta, y, de otro, una señalada influencia británica tras la boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg⁵.

En relación con esto último se puede resaltar como el periódico *La Época* destacaba que la fiesta de despedida de

Tenerife, a bordo del «Alfonso XII», fue muy del estilo y el gusto de las fiestas celebradas en Cowes, Isla de Wight, con motivo de unas regatas, o el ya clásico Garden party ofrecido por la colonia británica en Gran Canaria, que, además, y al igual que hiciera la de Tenerife en su local social de la santacruzera Plaza de la Candelaria, adornaría la fachada del Santa Catalina con un gran letrero con el «God save the King», o en Santa Cruz «God save King Alfonso» y en el Hotel Humboldt del Puerto de la Cruz, donde el letrero rezaba: «A british tribute. A S.M. Alfonso XIII. God bless him», junto, en todos los casos, a enormes banderas británicas.

El viaje de Alfonso XIII a Canarias, el primero que un monarca español giraba a estas islas, se organizó bajo estas pautas protocolarias tradicionales, si bien muchos aspectos debieron reducirse por las exigencias logísticas que imponía la realidad de los medios de transportes y el contexto urbano, económico y social de las islas en aquel comienzo del siglo XX. Ello influirá también en la selección del séquito del rey, en cuanto a número y representación, aunque no por ello mermaría la brillantez y dignidad que el protocolo y los intereses de Estado exigían, pues como el periódico *El Imparcial* señalaba el 17 de marzo, «El Monarca, deseando dar una prueba de cariño proyecta ir a él con un brillante séquito, cual corresponde a la importancia que su viaje ha de representar para aquellas Islas ...»; la elección del buque a utilizar, el vapor «Alfonso XII» – significativa también por el nombre de este buque, que se redecoró casi al completo, para que sirviera no sólo para el viaje de

ida y vuelta, sino como residencia del monarca en las Islas, donde sólo se alojó fuera del barco en el Palacio Episcopal de Las Palmas - ; los recibimientos y ceremonias que se organizaron en cada isla, los festejos populares, las fiestas privadas - en especial las ofrecidas por las colonias británicas de Gran Canaria y Tenerife, exultantes de felicidad ante la próxima boda del rey con una princesa inglesa -; o las excursiones al interior de las islas. En cuanto a los medios informativos hay que resaltar algo que comenzaba a ser nuevo, la existencia de un cuerpo de prensa, en representación de los principales periódicos y agencias que seguían al monarca en sus viajes oficiales, pero no sólo por estímulo propio y particular, sino que su presencia se promovía de forma oficial, proveyéndose los medios necesarios para atender el viaje de los periodistas y los recursos necesarios para realizar su trabajo; en este caso hay que destacar un curioso precedente de los actuales «centros de prensa», al ponerse a disposición de los corresponsales, como lugar de reunión y de redacción, un local ofrecido por el Ateneo de La laguna . Sin embargo en esta ocasión, en la que estuvieron presentes representantes de medios importantes como la Agencia Fabra, La Ilustración Española y Americana, la revista ilustrada Nuevo Mundo, La Correspondencia de España, el Noticiero Universal de Barcelona o La Época, este último representado por el Marqués de Valdeiglesia, cuyas crónicas se convertirían en un texto clásico para la historiografía de esta visita regia, no acudirían otros de los mas importantes, como El País, El Liberal, El Diario Español y El Imparcial, que, pese a que valoraban mucho la realización de este viaje, como ya se ha visto en el texto de

El País antes mencionado, rehusaban venir por disponer el Gobierno que los periodistas viajaran en los buques de guerra de la escolta y no en el «Alfonso XIII», cerca del Rey, algo que hoy es costumbre al viajar siempre una representación de la prensa en el mismo avión o buque que lo hacen los Jefes de Estado en sus visitas oficiales. Por ello El País insistía en que se había mermado la repercusión del viaje en España y en el extranjero⁶.

La monarquía española viene a Canarias, encarnada en Alfonso XIII, muy tarde y lo hace a un territorio donde era impensable, no muchos años antes, la presencia física del monarca, pues se trataba de esos territorios donde no se le esperaba nunca, frente a los que se extrañaban si el rey no estaba en ellos o los que podían reclamar la visita en alguna ocasión. La presencia del rey aquí, como en otros lugares nunca visitados o poco frecuentados por los reyes en la edad moderna, que atenuara el hecho del «rey ausente», se resolvía a través de la simbología, del ceremonial simbólico, en ocasiones señaladas como el nacimiento de príncipes herederos, el matrimonio del monarca o su fallecimiento; es el caso, entre muchos otros ejemplos, de la enorme magnificencia de la honras fúnebres a Felipe II en la Catedral de Canarias, que Cairasco de Figueroa refleja en un extenso poema, en el que destaca «...el sacro monumento suntuoso que en tono lacrimoso y pena varia levantó Gran Canaria al gran monarca Filipo ...», con el que se asentaba un ceremonial que sería complejo y se repetiría durante siglos, como en la muerte del rey Carlos III en el que, según relata Néstor Álamo, en la Catedral el «...túmu-

lo era imponente. Constaba de dos soberbios cuerpos con el completo de columnata, pedestales, cornisamento y demás etcéteras al uso»⁷, o los enormes festejos que hubo en Las Palmas en 1707 para celebrar el nacimiento del infante don Luis, hijo de Felipe V y María Luisa Gabriela de Saboya, que duraron varias semanas en las que hubieron desde funciones religiosas, a fuegos de artificio, comedias, desfiles e incluso corridas de toros. En todas las ocasiones era motivo central de las celebraciones una arquitectura efímera de arcos triunfales, monumentos o túmulos, que resaltaban simbólicamente la presencia de la monarquía, haciendo presente entre sus súbditos al «rey ausente», aunque esta simbología y ceremonial oficial y festivo también se ejecutaba cuando el rey se desplazaba, no «para justificar su autoridad, que no lo necesita esencialmente, sino para fortalecerla y para convencer de ella sus súbditos, a través de una suerte de propaganda visual y ritual que transmite la imagen adecuada del monarca»⁸.

Toda esta instrumentación simbólica, ceremonial y festiva, por supuesto adecuada ya al carácter de la época y a los nuevos usos y costumbres del comienzo del siglo XX que se vivía plenamente, aunque heredera directa de aquellas celebraciones antiguas y tradicionales, que pervivían en el subconsciente colectivo de la población y de sus instituciones, se dio en Las Palmas con motivo de la visita de Alfonso XIII, de la presencia por vez primera de un monarca en la Isla.

La misma llegada del rey, de forma inesperada casi tres días antes de lo esperado, recordó lo que había ocurri-

do 282 años antes con la de Felipe IV a Sevilla⁹, que aconteció un día antes de lo que estaba anunciado, por lo que permanecieron en el convento de San Jerónimo, a media legua de la ciudad, para dar tiempo a que la ciudad estuviera preparada para recibir al monarca con la solemnidad, la pompa y la etiqueta que la ocasión requería, con lo que se comunicaría, como en 1906 en Las Palmas, la imagen regia que la población debía recibir, asumir y aplaudir. En Gran Canaria Alfonso XIII y su séquito permanecieron oficialmente en el buque hasta el día siguiente, 31 de marzo, cuando saltaron a tierra a las 11 de la mañana, y su entrada a la ciudad constituyó, como destaca el cronista Carlos Navarro Ruiz, «un gran acontecimiento»¹⁰, aunque, al igual que también hizo en su momento Felipe IV, al anochecer del viernes salió del buque, acompañado del alcalde Ambrosio Hurtado de Mendoza, de forma discreta y anónima, para no perder el ocultamiento y distancia de la real persona hasta el momento oficial de la llegada y encuentro con la población, que debía ser un momento de júbilo y brillantez casi mágico. Fue un anónimo, festivo, grato y podría decirse que casi inolvidable paseo para aquel joven monarca.

Quizá el rey pudo contemplar como una población entera se afanaba en ultimar, a toda prisa, los preparativos para su recepción oficial al día siguiente. Se adornaban las calles y balcones con multitud de banderolas, tapices y guirnaldas de flores, al tiempo que se finalizaba la construcción de varios arcos triunfales, como el que se situó casi en el mismo lugar de la antigua «puerta de Triana», u otros ya en la calle Mayor de Triana, en los que, desde lo alto, varias

señoritas lanzaban pétalos de flores al paso del rey y de la infanta y su marido. Al igual que señala Jesús María Usunáriz¹¹ en relación con la visita de Isabel de Valois a Pamplona en 1560, con la llegada del monarca la ciudad se transforma, las fachadas cotidianas de las casas se ocultan, mediante «el adornamiento de las calles, que estaban ricamente entapizadas», pues «siguiendo una tradición ya vieja en las entradas reales —se habla de Sevilla en 1526—, se ocultó la ciudad real mediante tapices y colgaduras a ambos lados de la calle»¹². Con ello se resaltaba la presencia del rey, pero también se hacía patente el ocultamiento de algo mas grave, la realidad insular, pues, según expone María Elsa Melián, aunque en una referencia a Tenerife válida también para Gran Canaria, «...este programa no estaba pensado para que el Rey conociera la verdadera situación de la Isla, ya que sólo le mostraron los lugares más importante»

¹³.

No cabe duda alguna que, como ya he tenido la oportunidad de señalar en mas de una ocasión, el protocolo no es la mera norma que regula la organización del ceremonial, sin mas, sino que se trata de un verdadero sistema de signos, de una lengua, como ya reconoció el lingüista Ferdinand de Saussure, de una eficaz herramienta de comunicación que manifiesta de forma eficaz lo que queremos y, a veces también, lo que no deseamos. Y esto se hizo patente, una vez mas, en la visita de Alfonso XIII a Gran Canaria en 1906; si nó, remitámonos al motivo por el que Fernando de León y Castillo declinó la invitación del Gobierno para acompañar al Rey en su séquito, pues, como recoge Navarro

Ruiz, se excusaba «por el rompimiento con su hermano, y no querer dar el espectáculo de alojarse en casa distinta de la suya».

Dejando a un lado los aspectos formales y más oficiales de la visita, para centrarnos en los aspectos festivos y lúdicos, se destaca como el primer día de su estancia en la ciudad, en horas de la tarde, el primer agasajo que disfrutó el Rey y su familia fue el famoso Garden party organizado por los señores Miller, Swanston y Seddon y ofrecido por la colonia británica, que ya festejaba así su próximo enlace con Victoria Eugenia de Battenberg. Se trató de una animada y concurrida velada en los jardines del Hotel Santa Catalina, símbolo del primer desarrollo turístico que vivía la ciudad, en la que antes de servirse el té, acompañado de pastas y otros dulces, tuvo lugar una exhibición de lucha canaria, se jugó un partido de tenis —uno de los deportes introducidos por los británicos— y se asistió a un concierto. Tras visitar el rey esa tarde diversos cuarteles de la plaza, por la noche tuvo lugar una función de gala en el Teatro Pérez Galdós, en la que la Familia Real, desde el palco principal, pudo asistir a la representación de «Amor y Ciencia», de Pérez Galdós, «Tierra Baja» de Ángel Guimerá y de «Tan cerca y tan lejos» de los hermanos Millares»: Tras esta velada, que señalaron como muy grata, pese a lo prolongada que había sido la jornada, antes de retirarse a descansar presenciaron, desde el balcón del Palacio Episcopal, un magnífico espectáculo de fuegos artificiales, mientras contemplaban como la Plaza de Santa Ana, repleta de público, era una auténtica fiesta pese a la avanzada hora de la noche.

Al día siguiente, tras los actos oficiales de primera hora de la mañana, la comitiva regia se dirigió al Monte Lentiscal, para asistir a un almuerzo ofrecido por el Círculo Mercantil de Las Palmas en sus jardines, que resultó algo accidentado pues el viento imperante esos días se llevó el toldo preparado al efecto y todos debieron comer al sol, por lo que el rey pidió que mantuvieran los sombreros puestos, lo que les convirtió en circunstanciales «caballeros cubiertos». Esta fue una jornada de asueto para el monarca que disfrutó con muchas de las anécdotas de la excursión, como la que refiere el cronista Carlos Navarro Ruiz, acontecida cuando «...le esperaban en Tafira multitud de labradores en sus caballos, mulas y borricos enjaezados con albardas los más y con sillas de montar los menos y al pasar la carretela todos siguieron detrás levantando con su carrera una gran polvareda. Municipales y guardias apostados en la carretera trataron de impedirlo pero el Rey intervino diciéndoles: Dejadles, que es la primera vez que me sigue una escolta popular». Por la tarde continuaría su excursión a Santa Brígida, donde inauguró el Casino, que sería desde entonces Real Casino, y San Mateo, en donde se divirtió mucho con las tradicionales carreras de caballos y burros, aunque en el ya acostumbrado y lamentable estado de monturas y jinetes, por lo que el monarca les remitiría, días después, una ayuda de tres mil pesetas¹⁴.

Por la noche, tras regresar a toda prisa a la ciudad, lo que en mas de un momento parecía poner en peligro de vuelco la carretela que don Francisco Manrique de Lara había puesto a disposición del monarca, y pese a lo intensa

que había sido la jornada, el Rey ofreció aquella noche una recepción a bordo del «Alfonso XII», para agradecer las atenciones recibidas en esta visita, sirviéndose un «lunch», algo que ya era costumbre en la etiqueta de esa época, a la vez que se aprovechó para entregar a los miembros de la familia Real multitud de regalos, entre los que no faltaron algunos muy curiosos como un cojín de seda pintado al óleo por Francisco González Padrón, que mostraba una vista del flamante y nuevo Puerto de La Luz, un retrato al óleo de mujer con mantilla canaria, obra de Martínez Abades, o un bastón de leña con empuñadura de oro, regalo del comerciante Juan Pérez Fonseca. La velada fue enormemente grata y festiva, pese a que las amarras del buque se soltarán inesperadamente y chocara contra el muelle, lo que provocó un enorme susto entre quienes disfrutaban de la cena y del baile en cubierta, y se unía al ambiente de fiesta que se vivía en toda la ciudad engalanada con luces de colores, continuas bengalas y fuegos artificiales, y el sonido de varias bandas de música que recorrían las calles principales de la ciudad y el puerto, arropado por un enorme gentío venido de toda la isla para vivir de cerca estos días de la estancia regia, el primer gran acontecimiento masivo en las calles de Las Palmas en el siglo XX.

El último día de su estancia en la ciudad, el lunes 2 de abril, tras suspenderse una visita a Arúcas, donde se habían dispuestos también varios arcos triunfales y se habían engalanado sus calles principales, Alfonso XIII ofreció a bordo un banquete a las autoridades y a diversas personalidades de la isla que fue servido por el Hotel Metropol,

un establecimiento muy vinculado a la colonia británica y a ilustres personalidades de ese país a su paso por Gran Canaria.

Por la tarde, a partir de las 16,30, desde una tribuna instalada frente al Palacio Militar, el monarca y su familia disfrutarían de una de las actividades más lúdicas y que nunca olvidó, la «batalla de flores». Era tal la multitud que se agolpaba en las inmediaciones de San Telmo y de la calle de Triana, que la Guardia Civil tuvo muchas dificultades para abrir camino a la Comitiva Real a su entrada en Triana. Esta era una de las más llamativas y esperadas celebraciones del Carnaval laspalmeño¹⁵, que se decidió recrear aquella tarde, en plena cuaresma y a escasos días de la Semana Santa, para conocimiento y disfrute de las reales personas. Como ha señalado el escritor Orlando Hernández Martín «se llamaba así porque las primeras que se hicieron fueron de flores y minúsculos ramilletes». Luego se introducirían los famosos «huevos tacos», el confetis y la serpentina. En ellas «las sociedades y, sobre todo, particulares, se esmeraban en realizar preciosas carrozas que concurrían al gran desfile de Triana, Bravo Murillo, Pérez Galdós y Alameda de Colón. Desde balcones y ventanas y, sobre todo, desde la terraza de la Alameda, entablábansen verdaderas batallas, formándose techos de serpentinas y llenándose el aire de una lluvia de confetis. Bellas señoritas, a rostro descubierto, intervenían con frenesí en la bélica contienda del Dios Momo. Tartanas y charabanes sin toldo competían también en la lucha. El piso de la calle de Triana se convertía en una gran alfombra de colores...»¹⁶. Este ambiente se reprodu-

jo perfectamente para la visita regia y, como recoge el cronista oficial Benítez Inglott, «así lo confesaron nuestros ilustres visitantes, que no han presenciado nunca festival tan hermoso ni visto nada más rica en colores, cultura, animación y entusiasmo que la dada ayer por el pueblo de Las Palmas». Del joven monarca refiere la mencionada crónica que «...batalló toda la tarde sin descanso; probó que es hombre de hierro, por la febrilidad y destreza en el ataque. Blanco de todas las miradas y de todos los tiros, siempre supo salir vencedor, sin rendirse un instante». Sobre las siete de la tarde el rey abandonó la tribuna y subió a la carroza de los artilleros, mientras el público le manifestaba una ovación indescriptible. «En marcha triunfal recorrió Don Alfonso, de pie, en el sitio más visible de la carroza, constantemente aclamado por los miles de personas que le seguían y por las que ocupaban las tribunas y balcones, varias calles y así entró en la Plaza de Santa Ana al son de las bandas, cuyos acordes coreaba el pueblo». Como insiste el cronista fue una fiesta en la que el monarca se entregó plenamente a su pueblo, compartió, disfrutó y se confió plenamente a él, sin más escolta y vigilancia que el cariño y el respeto de las gentes que lo acogían, lo ovacionaban y se intercambiaban continuamente tiros de flores y serpentinas.

Por la noche los festejos y divertimentos de la visita culminarían con un banquete de gala en las Casas Consistoriales, que presentaba su fachada iluminada con multitud de farolillos, mientras la banda en la Plaza de Santa Ana interpretaba distintas piezas que entretenían a la multitud allí

congregada. Durante este banquete, en el que rey apenas probó bocado, por haber merendado en el Palacio Episcopal tras la batalla de flores, cuyo esfuerzo le había abierto un gran apetito, por lo que nadie pudo comer, ya que «la etiqueta no permitía que se ofrecieran a los comensales los platos del menú que no se servía a S.M.», la orquesta «de la Sociedad Filarmónica dio un concierto en las galerías del Palacio Municipal». Don Alfonso se interesó, con varias preguntas, por el gofío que había merendado con plátanos esa tarde, junto a una gallina trufada; era lógico que luego ya no tuviera ganas de cenar. Tan de su gusto fue el gofío que probó y tan interesado estaba, que el alcalde, Ambrosio Hurtado de Mendoza, mandó traer una lata desde el establecimiento de un afamado fabricante de San José, que el rey dispuso se le llevara al barco.

Terminada la cena, y desde la balconada de las Casas Consistoriales, la Familia Real, junto con el gentío que abarrotaba la plaza de Santa Ana, contemplo una enorme exhibición de fuegos artificiales, quemándose una enorme pieza que decía «¡Viva el Rey!». «El éxito público de esa noche lo constituyó la cascada que se extendía por todo el frontis de la Catedral, desde el templete que lo corona. Tal cascada vino de Inglaterra, ayudando a instalarla y encenderla fueguistas canarios que al año siguiente, en las fiestas de San Pedro Mártir, la reprodujeron exactamente, sin faltar detalle».

Tal como fue deseo suyo, Don Alfonso atravesó a pie la plaza, para coger el coche delante de la Catedral y despedirse personalmente de cuantos le saludaban en medio de

un verdadero ambiente festivo y de ruidoso jolgorio. Antes de concluir debemos resaltar, pues fue también algo lúdico, como varios cambulloneros subieron al «Alfonso XIII» y en su cubriera instalaron sus puestos, donde la familia Real se interesó por algunos de los productos expuestos y adquirió diversos objetos y recuerdos.

Lo que era una visita oficial, un acercamiento imprescindible del «rey ausente» a su pueblo, terminó convirtiéndose, gracias a estos actos lúdicos, festivos, llenos de enorme espontaneidad en el trato, en una vivencia inolvidable y humanísima. No es de extrañar que Don Alfonso escribiera a su augusta Madre que «aquí se le había recibido con el alma».

Juan José Laforet

NOTAS

¹ Se consigna así, pues este era el nombre de la ciudad en 1906, lo de «..de Gran Canaria» se establecería a partir del 12 de septiembre de 1940, cuando el Ministerio de la Gobernación aprobó la propuesta de la Corporación Municipal presidida por el alcalde Diego Vega Sarmiento.

² DELEITO PINUELA, José (2006), «El rey se divierte».

³ LÓPEZ, Roberto J. (1999). «Ceremonia y poder en el Antiguo Régimen. Algunas reflexiones sobre fuentes y perspectivas de análisis» 19 - 20

⁴ DELEITO PIÑUELA, José (2006), 292.

⁵ OTERO ALVARADO, María Teresa (2000), «Teoría y Estructura del Ceremonial y el Protocolo»

⁶ MELIÁN GONZÁLEZ, María Elisa (2004), «Alfonso XIII en Canarias. El debate socio-político que dio origen a los Cabildos».

⁷ ÁLAMO, Néstor (1959), «Thenesoya vidita y mas tradiciones».

⁸ GONZÁLEZ ENCISO, Agustín (1999). «Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500 – 1814)».

- ⁹ DELEITO Y PINUELA, José (2006) 300 – 301.
- ¹⁰ NAVARRO RUIZ, Carlos (1933) «Páginas históricas de Gran Canaria», 211 – 212.
- ¹¹ USUNÁRIZ, Jesús M^a (1999) «Un reino a la búsqueda de identidad», 127 – 128.
- ¹² LLEÓ CAÑAL, V. (1979) «Nueva Roma: mitología y humanismo en el Renacimiento sevillano», 172 -173
- ¹³ MELIÁN GONZÁLEZ, María Elsa (2004) , 72.
- ¹⁴ Archivo de Palacio Real. Legajo «Viaje de Alfonso XIII a Canarias».
- ¹⁵ Laforet, Juan José (2004) «El Carnaval: 525 años de historia».
- ¹⁶ HERNÁNDEZ, Orlando. (1988) «El Carnaval de Gran canaria» 47 y 71.



Almuerzo ofrecido al Rey en los jardines del Hotel Santa Brígida. Se puede apreciar el enorme viento que arrancó el toldo preparado sobre la mesa presidencial.



Coche de caballos que don Francisco Manrique de Lara puso a disposición de Alfonso XIII durante su visita a Gran Canaria. Foto reciente.



Ambrosio Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós
Las Palmas de Gran Canaria 1850-1922

Uno de los alcaldes más recordados de la ciudad, que da nombre a la popular «Plazoleta de las Ranas», donde se ubica el monumento levantado en su honor. Sobrino de Benito Pérez Galdós estudió en el Colegio San Agustín y en Madrid derecho, elegido alcalde de Las Palmas de Gran Canaria en 1903, fue principal figura en la organización de la visita que el Rey Alfonso XIII hizo a Gran Canaria en 1906.

En política se enfrentó a los seguidores de León y Castillo por su ideas divisionistas. También ejerció ocasionalmente como periodista y escritor, y fue elegido diputado a cortes y consejero constituyente del Cabildo de Gran Canaria.

DISCRETA VISITA DE S. M. C. DON ALFONSO XIII A GRAN CANARIA

La apretada agenda de Su Majestad Católica parecía que iba a reventar, una vez más, pero entre su inminente boda y la visita del presidente francés había que hacer un hueco para colocar la visita oficial a la provincia de Canarias. Trabajo arduo, pero necesario. La pérdida de las colonias más importantes y la venta de las Carolinas obligaban a hilar con mucha firmeza sobre la soberanía en Canarias. Era la única provincia sin visitar y su lejanía marítima complicaba aún más las cosas. Había que visitarla, ¡como fuera!

Comités, visita ministerial, ceremoniosa correspondencia, telegramas cruzados, cábalas e intrigas surgieron sin espera.

Inmediatamente, en Gran Canaria las autoridades

locales y nacionales se constituyeron en reunión permanente. La personalidad de don Ambrosio Hurtado de Mendoza, alcalde constitucional desde 1903, fue polarizando la acción. El sapientísimo abogado se tragó su republicanismo, por el bien de sus conciudadanos y de su ciudad representada, y sin darse descanso alguno nuestro hombre se lanzó a la batalla. Se anunciaba un numerosísimo séquito y media docena de barcos escoltas con su correspondiente dotación humana. Tomando unas cuartillas don Ambrosio hace, sin afinar mucho, la minuta de los visitantes y le vienen a cuadrar estos trazos:

SEQUITO REAL

* Unidades navales de La Real Armada, al mando del contralmirante Juan J. de la Mata:

Pelayo, acorazado multicalibre, 630 hombres.

Carlos V, crucero acorazado, 590 hombres.

Princesa de Asturias, crucero protegido de 1ª, 550 hombres.

Río de la Plata, crucero protegido de 3ª, 213 hombres.

Extremadura, crucero protegido de 3ª, 226 hombres.

Giralda, «buque planero», yate de S. M. donde viajaba parte del séquito del monarca y la representación de la prensa.

Trasatlántico Alfonso XII, buque residencia real, con dotación propia más compañía de infantería de la Real Marina y banda de música.

Alvaro de Bazán, cañonero de estación en las islas, 100 hombres.

¡Un total no inferior a dos mil y pico jóvenes!

*** Personal:**

Ministros:

de la Gobernación: Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones.

Secretario o jefe de su gabinete: Niceto Alcalá Zamora (sería el primer presidente de la II República, ¡santa ignorancia!).

de la Guerra: Tte. G. Agustín Luque y Coca.

de la Marina: Capitán de Navío Víctor María Concas y Paláu.

Cuerpo militar (entre otros miembros):

Comandante general del Real Cuerpo de Alabarderos: Tte. G^{al}. Juan Pacheco y Rodrigo, marqués de Pacheco.

Ayudantes de campo:

y Jefe del Cuarto Militar de Su Majestad: G. de división José Bascaran y Frederic.

Capitán de navío Claudio Boada y Montes.

Capitán de fragata Suances.

Ayudantes de órdenes:

Coronel de Infantería Enrique Fernández Blanco
(redactó *Notas del viaje de S.M. el Rey a Canarias*).

Capitán de caballería Pulido.

Gabinete Telegráfico: sr. Campos.

Alta Servidumbre (entre otros miembros del servicio
de S. M. y S.S. A. A. R.R.)

Inspector de la Real Casa: sr. Ferrer.

Mayordomos de semana:

Álvaro Caro y Szecheny, marqués de Villamayor.

Manuel Álvarez de Toledo y Samaniego, marqués de
San Felices de Aragón.

Gentilhombres de Cámara:

y primer montero de S.M.: Baltasar Losada y Torres,
conde de San Román.

residente en la ciudad de Las Palmas de G.C.: Luis Van
de Walle y Quintana, VI marqués de Guisla Ghiselin.

Dama de la Infanta María Teresa:

Teniente de aya: Rosa de Arístegui y Doz, condesa - viuda de Mirasol.

Profesores – asesores de S. M.:

Tte. coronel de Estado Mayor Miguel González de Castejón y Elío, conde de Aybar.

Fernando Sartorius y Chacón, conde de San Luis.

El médico de la Real Cámara:

Dr. José Grinda.

Parlamentarios y senador canarios:

Leopoldo Romeo y Sanz y el marqués de Casa Laiglesia, diputados por Santa Cruz de Tenerife.

Felipe Pérez del Toro, diputado por Las Palmas de Gran Canaria.

Pedro Poggio y Álvarez, senador del Reino por Canarias.

La representación de la prensa:

La *Época*: Alfredo Escobar y Ramírez, marqués de Valdeiglesias, director.

La *Ilustración Española y Americana*: Jaime Muñoz Baena, redactor gráfico.

Nuevo Mundo: José Campúa, redactor gráfico.

Agencia de informativas:

Fabra: sr. Piboteau.

Mencheta: Francisco Peris Mencheta, director de la agencia,

*Entre unos y otros: tres ministros, diez títulos nobiliarios y un centenar largo de personalidades de edades medianamente altas, que mientras más modestas son sus posiciones jerárquicas más quisquillosas son.

Todo esto para una ciudad de cuarenta y cinco mil habitantes, aproximadamente, y con la peculiaridad de estar dividida en dos zonas bien alejadas.

¿Qué hacer? Evidentemente el ceremonial que obliga a estos actos públicos: revista de tropas; visita eclesiástica, con entrada bajo palio; recepciones a las fuerzas vivas; función teatral; interminables *besamano*; etc. etc. etc. Pero esto no dejará de ser una de las tantas y aburridísimas visitas para un jovencísimo rey de sólo veinte años; y para sus acompañantes, la infanta y su marido – tórtolos recién casados – de veinticuatro y veintidós, respectivamente. Es decir gente joven, dinámica, con más ganas de bulla que de ceremonias. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Tomando nuevamente el lápiz – don Ambrosio – repasa

el apretado programa poniendo énfasis en un acto ingenioso y juvenil que romperá el monótono protocolo: *una batalla de flores*.

Todo muy bien planificado, incluso actos de repuesto por si fallara alguno de los principales. Pero con el principio inamovible que todo debe estar terminado a vísperas.

Y empieza la gran puesta en escena de aquella compleja programación. Inmenso trabajo henchido de generosa alegría y muchas, muchas esperanzas, que nos pueden recordar a una de las grandes películas de Berlanga. Hubo quien puso el carruaje, quien la vajilla y platería, quien cortinas y sillones; y no pudo faltar el floreado asiento de retrete, recién desempaquetado de Londres.

La isla basculaba hacia la ciudad capital y amenazaba hundirse en el Océano. Gente de todos los pueblos, unos organizados para instalarse entre parientes, otros ¡a la buena de Dios!, pero todos gastando sus ahorrillos para darle unos vivas al rey. ¡Ah! y a la señora Infante también, ya que en un silencio se oiría una voz de anciana destemplada que gritó: ¡díganle un viva a la pobre Infanta!

Surgieron muchas incógnitas: ¿Cómo hacer la reverencia? ¿Qué decirle a la señora infanta, y a su príncipe alemán? ¿Vendría don Fernando León y Castillo, el gran cacique? Posiblemente no, la Conferencia de Algeciras (España – Francia – Marruecos) le obligaba, como

embajador de España en París, estar en contacto permanente con los gobiernos concurrentes a la misma. ¡Ah, qué situación!

La colonia británica se esmeraba en perfeccionar un *royal tea garden party*, combinando *sports and season*. El rey Alfonso pronto sería consorte de una *british princess*.

Todos soñaron en qué pedirle a Su Majestad: quién el desesperado indulto; quién el obsequioso título nobiliario. Hubo alcaldes que ya no dormían y párrocos que retemblaban; y al señor marqués de Guisla Ghiselin no le llegaba la camisa al cuello de su elegante uniforme, pues era el único Gentilhombre de Cámara, con ejercicio y servidumbre, de Su Majestad en todas las islas canarias.

El dignísimo cargo de gentilhombre concedía el privilegio de poder entrar a la real presencia sin solicitar la venia. Desempeñar este honor no era tarea fácil, se necesitaban grandes dosis de paciencia y diplomacia: había que estar presto a las necesidades y órdenes de la real persona; repetir recados de diversa índole; exigir cumplimientos a personajes conspicuos; y limar muchas, muchas asperezas, tanto civiles y como militares ¡y eclesiásticas también! Y todo ello sin móvil ni automóvil ni motorista que suplieran distancias y obligaciones a la perfección.

¿Cómo saldremos esto?

Y en tales cábalas, programadas para llevarlas a cabo el 1º de abril, estaba nuestro alcalde cuando oyó las salvas de ordenanza: la real nave *Alfonso XII* avistaba la bahía de La Luz. La real visita se había adelanta dos días. Cunde el pánico, pero el inteligentísimo de don Ambrosio pide una pequeña prórroga: ¡que se detenga la visita hasta que se ponga el sol!

Tarde – noche de prórroga que se propuso llenar con la visita incógnita de su distinguidísimo huésped. Este ardid permitiría que el rey pudiese observar, directamente, con qué entusiasmo y febrilidad se le esperaba. Al oscurecer, el real visitante se paseó en discreto carruaje, pudo apreciar el hormiguelo de los preparativos, la devoción del pueblo. Con la disculpa de probar la efectividad del alumbrado público, se mantuvieron encendidas las luces de las calles principales.

Como fuera que el agudo alcalde observara cierto real hastío ante tanta explicación urbana se *desrepublicanó*, por el bien de sus conciudadanos, y pensó que para un joven cadete de veinte años – cansado de *tedenums*, tropas, comisiones, damas distinguidas, gerifaltes de antaño,... – lo mejor era que conociera calles menos iluminadas. Así se fueron, alcalde y real cadete, a una casa donde don Ambrosio tenía muy buena entrada. Cantaron y cataron; y la joven, real agraciada, recibió, por aclamación de sus alegres compañeras, el título de *princesa de los reales* – no se qué –....

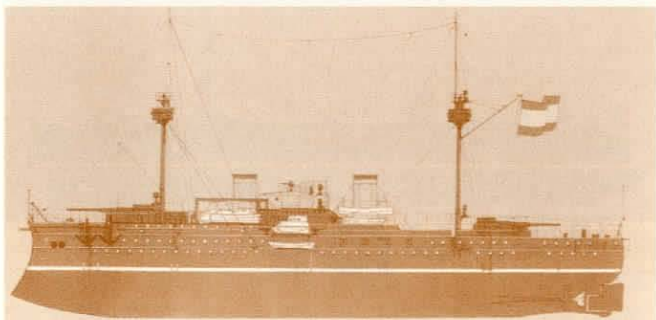
Terminada la inolvidable visita oficial, Don Ambrosio Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós fue el único alcalde republicano que recibió el distinguidísimo y honrosísimo título de Gentilhombre de Cámara de Su Majestad el Rey, con ejercicio y servidumbre.

Javier Campos Oramas

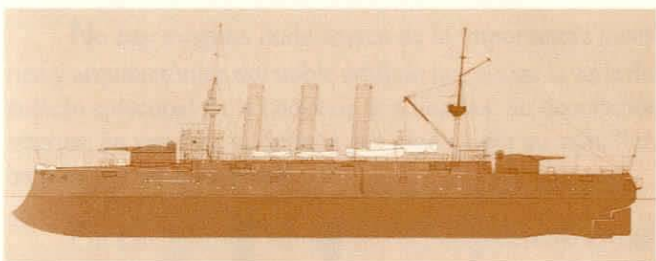


Llave y lazo de Gentilhombre de S. M. C. don Alfonso XIII

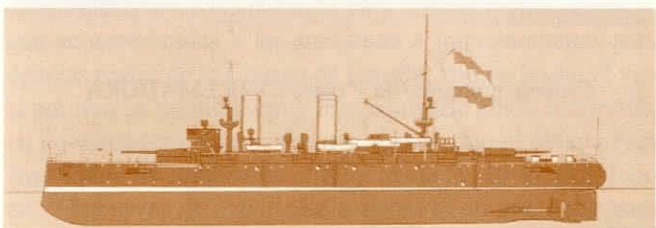
BARCOS DE LA REAL ESCOLTA



Acorazado multicalibre PELAYO

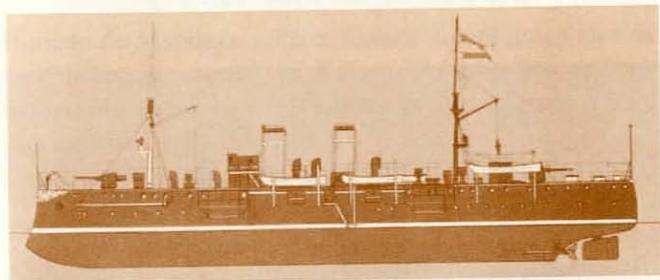


Crucero acorazado CARLOS V

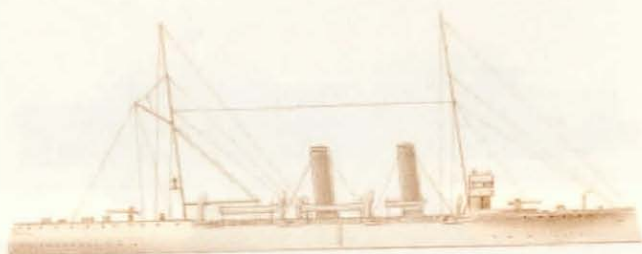


Crucero protegido de 1ª PRINCESA DE ASTURIAS

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD



Crucero protegido de 3^a clase RÍO DE LA PLATA



Crucero protegido de 3^a clase EXTREMADURA

VISITA REAL EL PALACIO EPISCOPAL Y EL PRIMERO DE ABRIL

No hay ninguna duda acerca de la importancia histórica y arquitectónica del noble edificio que acoge la sede del palacio episcopal de la Diócesis de Canarias. Su decoración interior, en cambio, si destaca por algo es por su sencillez, incluso por su austeridad.

Por eso debemos admirarnos del considerable esfuerzo y trabajo que representó convertirlo, siquiera por unos días, en una morada adecuada para unas egregias personas, que acostumbradas a las suntuosas e impresionantes residencias reales de la Corona de España, habían hecho el viaje por mar en un moderno y bien equipado navío convertido en un verdadero palacio flotante. Como dijo el obispo Fray José Cueto al comprobar el feliz resultado de tanto esfuerzo: *“El mérito de este palacio consiste en que hace unos días era este sitio un destartalado caserón con pobres adornos, humilde alojamiento de un dominico.”*

Porque, efectivamente el esfuerzo había sido impropio. Se tiraron tabiques, las habitaciones se tapizaron con papeles traídos de Inglaterra. Se pusieron tubos de agua caliente y fría que penetraban en las principales habitaciones y se instalaron hilos eléctricos para iluminar todo el palacio. Pero no se trató sólo de una obra de acondicionamiento o de mejoras arquitectónicas, se intentó que el Rey se encontraría lo más a gusto posible. Por ejemplo, en el despacho destinado a S.M. se colocó un retrato de su prometida la princesa Victoria Eugenia de Battenberg en un soberbio marco de plata. No nos resistimos a recordar que cuando Don Alfonso recibió a la Comisión de Señoras que se había ocupado de su alojamiento, con el fin de agradecerles los muchos desvelos que se había tomado, no pudo menos que comentar señalando a ese portarretrato de plata: “¡Verdad, señoras que no he tenido mal gusto!”.

Según parece, los regios visitantes descansaron adecuadamente en este palacio la noche del sábado 31 de marzo al domingo 1 de abril, de hecho fue la única vez que lo hicieron en tierra firme desde que salieron de la Península hasta que regresaron a ella. “*Se ha pasado una buena noche*”, según le dijeron el Marqués de Villamayor y el Conde de San Román al marqués de Valdeiglesias, Alfredo Escobar, el célebre periodista, director y propietario del prestigioso diario La Época. “*Para colmo de dicha no ha habido que madrugar*”. La prensa no dejó de señalar que “*El Rey y los Infantes han elogiado mucho la elegancia y buen gusto de las habitaciones y los mil delicados perfiles de su decoración*”.

El día primero de abril estaba destinado a actos militares y a un paseo por la carretera del centro. No madrugaron, pero ya a las 9 de la mañana salieron del Palacio con destino al Parque de San Telmo en el que había de tener lugar la jura de bandera. Para ello, la Infanta y el personal civil ocuparon una tribuna, mientras que el Rey tomaba el mando de las fuerzas. Las extensas tribunas que se habían dispuesto para la ocasión, estaban de tal modo repletas de gente que una de ellas se hundió durante la Santa Misa, acudiendo S.M. a interesarse personalmente, preocupado por si había ocurrido alguna desgracia, lo que afortunadamente no sucedió, tan sólo hubo algunas pequeñas contusiones que reconoció y asistió el Doctor Grinda, del séquito real. La Misa la celebró el Señor Obispo, Padre Cueto y S.M. con el Infante Don Fernando, los Ministros militares, los Generales del Ejército y la Armada, el Estado Mayor y los jefes y Oficiales francos de servicio, se colocaron en el plan de calle junto a la fachada del Palacio del Gobierno Militar. Las compañías de desembarco de la Escuadra y las unidades de Infantería, Artillería, Ingenieros y Caballería de la guarnición, formaron en el paseo de entrada al muelle de San Telmo y calle de León y Castillo. La ceremonia de jura se efectuó dentro del Parque, para lo que trasladó a él S.M. el Rey con su séquito militar. Para presenciar el desfile, de la calle de León y Castillo hacia la de Triana, el Monarca y el Infante se situaron en una tribuna frontera al Gobierno Militar.

Terminado el desfile que se efectuó con gran marcialidad, las Reales Personas, con sus séquitos, ocuparon sus

carruajes para trasladarse de nuevo al Palacio Episcopal. Tanto en el Parque como en las calles del recorrido la ovación fue continua. En Palacio fue servido un refrigerio, después de cambiarse S.M., A.A.R.R. y séquito militar el uniforme de diario por el de campaña.

Siguiendo con el programa del día, a las once de la mañana y a la puerta de Palacio, el Rey montó a caballo y acompañado de su cuñado y seguido del Ministro de la Guerra, séquito militar, Capitán General, Gobernador Militar y Estado Mayor, visitó las baterías y obras de defensa, estudiando sobre el terreno, con el Ministro, las que debían realizarse y haciendo atinadas observaciones acerca de lo que debe ser el Puerto de Las Palmas. El recorrido se hizo a buena velocidad, pero tan grande era el intenso calor, que el Capitán General, sufrió un principio de congestión, por lo que hubo que bajarlo del caballo y llevarlo en un coche hasta el palacio del Gobierno Militar. S.M., poco después, envió a tomar noticias de su estado, y tuvo la satisfacción de saber que el ataque se había conjurado y que el enfermo no ofrecía ya cuidado.

Para esta excursión a la Isleta, Don Alfonso montó en una yegua, propiedad del Teniente Coronel Don Manuel Cortés y García, jefe del Escuadrón de Gran Canaria. S.A.R. el Infante, el Ministro y el resto del séquito militar usaron caballos propiedad de algunos señores particulares y otros de los cuerpos de la guarnición. En aquellos momentos, la vista que se podía contemplar del Puerto de La Luz desde las alturas de la Isleta, al llegar a la batería de San Fernando,

era impresionante. De hecho, el Rey dijo a cuantos le acompañaban: “¡Magnífico, magnífico puerto! ¡Lástima que no sea mayor! Hay que ensancharlo. Y aquí, en la Isleta, hay que hacer un puerto militar que sea como el centro de operaciones para la defensa de estas islas”.

Mientras su regio hermano y su marido visitaban las obras de defensa, se había preparado un recorrido alternativo para la Infanta. En primer lugar, Doña María Teresa, acompañada por su dama la Condesa de Mirasol, realizó una visita al Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en donde se detuvo poco tiempo por estar las alumnas de vacaciones, aunque pudo apreciar los magníficos jardines y las agradables vistas que entonces se podían disfrutar. De allí se dirigió al Hospital de San Martín donde fue recibida por el Ministro de la Gobernación, Alcalde de la Ciudad, Don Ambrosio Hurtado de Mendoza, Presidente de la Diputación Provincial, personal directivo y facultativos y Hermanas de la Caridad. S.A. recorrió todas las dependencias y salas de enfermos, con algunos de los cuales se detuvo a hablar; y después de ser obsequiada con varias labores siguió con su acompañamiento hacia Tafira, donde visitó la hermosa finca *Las Magnolias*, propiedad de Don Diego Miller, el miembro más destacado de la colonia inglesa en la isla, quien, con su esposa y familiares mostró a la Infanta los bellos jardines de la hacienda, ofreciéndole un magnífico ramo de flores de raras especies. Los restos mutilados de la otrora magnífica finca, donde se encontraba el histórico jardín, uno de los lugares que se enseñaba siempre con orgullo a los visitantes ilustres de Gran Canaria, pueden verse

todavía ya que ha sido atravesada por uno de los tramos de la circunvalación en su subida por el centro de la isla. S.A.R se manifestó muy satisfecha de esta visita, terminada la cual siguió para el Hotel Santa Brígida donde había de celebrarse el almuerzo ofrecido a las Reales Personas por el comercio de Las Palmas.

También hacia el Hotel se dirigían el Rey y el Infante. Habían regresado al palacio episcopal desde la Isleta y el Puerto, acompañados de su séquito militar, poco antes de las dos de la tarde. En Palacio se cambiaron nuevamente de traje y en carruaje marcharon por la carretera del centro en dirección a Tafira y Santa Brígida, admirando las hermosas vistas y jardines, de hecho, las mismas que hasta hace relativamente pocos años podíamos contemplar. Los cronistas del viaje señalaron que el camino ofrecía un aspecto bastante pintoresco, porque toda la gente de los caseríos estaba en la carretera, que cruzaban, además, gran número de coches y jinetes; aquellos dirigiéndose al hotel y estos que bajaban a esperar al Rey; las casas estaban engalanadas y especialmente el pueblo de Tafira con arcos, banderas y músicas. Al paso de S.M. los vivas y aclamaciones se sucedían.

La comitiva llegó a la altura del Hotel Bellavista, la antigua finca de la Loma de los Mocanes, la que fuera residencia estival del prócer decimonónico Francisco María de León, que tan orgulloso estaba de sus jardines y huertas, convertido entonces en un confortable hotel, famoso por las deliciosas perspectivas que disfrutaba sobre los Lirios y

la Caldera. Los huéspedes británicos del Hotel, orgullosos de que el joven Rey de España hubiera escogido a una bella nieta de su adorada Reina Victoria, fallecida pocos años antes, estaban exultantes. Se podía ver a las damas inglesas que agitaban grandes moñas de cintas con los colores de la bandera británica, al paso de la comitiva tanto ellas como los caballeros prorrumpieron en formidables hurras.

El Rey, al leer el rótulo del Hotel, ordenó detener el coche, siendo advertido de que no era aquel el lugar de destino, dónde se iba a realizar el obsequio del comercio, a lo que repuso, bajando del carruaje y entrando en el Hotel: "*Es que tengo que hacer aquí*". Preguntó S.M. por el dueño del establecimiento y al presentarse Mrs. Quiney, la saludó en inglés, preguntándole por el álbum en que había firmado el príncipe Enrique Mauricio de Battemberg, el difunto padre de su prometida; cuando, de paso para África, estuvo en la isla, de la que le habló en sus cartas dirigidas a la entonces princesa niña, que no volvió a ver a su padre, ya que falleció precisamente en ese viaje. Al presentársele el libro y comprobar la firma del príncipe, S.M. firmó también, invitando a Don Fernando de Baviera a que hiciera lo mismo, y después de breve conversación estrechó, al despedirse, la mano de la dueña Mrs. Quiney; y apenas hubo partido, todos los huéspedes, serios, graves y en correcta formación fueron, a su vez, estrechando la mano de aquella señora. Recordemos que el cronista Julián Cirilo Moreno consideraba a la hermosa Doña María Quiney, como la "*inglesa más agradable en lo moral y físico que ha venido a Canaria*".

El coche del Rey llegó al hotel Santa Brígida acompañado y rodeado de un centenar de jinetes, unos en buenos caballos, otros en jamelgos, quien en mula y algunos en borriquillos, pero todos empujaban y corrían dando vivas sin perder su puesto, siendo mayor el entusiasmo cuando el Rey, volviéndose a los más cercanos, les dijo: "llevo buena, lucida y muy leal escolta".

El calor popular y el viento parecían las notas más características del viaje real. En el Hotel, el entonces director, don Juan Vernetta Comminges, miembro de una distinguida familia de la capital, no estaba tranquilo, no porque la organización no hubiera sido perfecta, sino precisamente por los efectos del viento. Efectivamente, momentos antes de la llegada una ventolera se había llevado la cubierta del comedor improvisado en el jardín, las minutas, flores y alguna cristalería. Por fortuna, al ocurrir cuando faltaban algunos minutos para el almuerzo, se pudo reparar a toda prisa casi todo el desaguisado. Don Juan Vernetta, en medio de la labor de resolver los desperfectos que había causado el viento, ni siquiera prestó la debida atención al ministro Conde de Romanones, que se había dirigido a él para interesarse por el definitivo lugar la comida.

Dejemos que la celebrada pluma, propia del afinado cronista de sociedad que fue el marqués de Valdeiglesias, asistente a la comida, nos de su versión: "*Mientras tanto el Sudeste levantó un huracán que puso en riesgo serio el almuerzo del improvisado comedor. Habíase levantado sobre el campo de tennis un elegante tinglado de madera y lona*

blanca, aéreo, elegantísimo, bajo cuya cubierta se alineaban las tres mesas en que el almuerzo, de cien cubiertos, debía servirse. En el centro de la del Rey surgía una fuente, rodeada de azucenas y begonias. En las demás preciosas guirnaldas de flores. El viento arrancó la lona y la acusadora de la cubierta, rompiendo algunas copas y botellas; pero unos cuantos criados del hotel, perfectamente dirigidos, contuvieron la obra de destrucción de los elementos; y, cuando las tres llegó el Rey, el mal estaba, en lo posible, remediado; solo que hubo que arrancar el resto del toldo y almorzar al sol; no por eso pareció menos exquisito". Contribuyó al buen efecto final la actuación de la orquesta de la Sociedad Filarmónica, dirigida por el Maestro Valle, que interpretó durante el almuerzo un magnífico programa de música española y extranjera.

Terminado el almuerzo se propuso al Rey presenciar unas carreras de caballos, al aceptar la invitación, entre aplausos y vivas se tomaron los coches y se emprendió la subida. La población de la Villa de Santa Brígida, al pasar la comitiva, recibió al Rey con gran entusiasmo. En un alto, distante once kilómetros del Hotel, se alzaba un tablado para presenciar las carreras y en el había una charanga que entonó la Marcha Real. Las carreras tuvieron lugar en la carretera y cuesta arriba: primero de dos caballos y de dos burros después, seguidos por una porción de jinetes que no tomaron parte en la lucha, aunque lo parecían. Felicitó S.M. a los vencedores y se emprendió el regreso. El viento volvió a arreciar, levantando tales nubes de polvo que se veían con gusto los chubascos que llegaban con tal de que regasen el

camino. A las 8 de la noche llegaron a bordo, después de cruzar la población espléndidamente iluminada por bengalas que encendían en calles, balcones y azoteas, así como en los hoteles de la carretera. De nuevo hubo un rápido cambio de trajes, sin pérdida de tiempo, puesto que la recepción era a las nueve.

Otro incidente que pudo ser más grave, pero que afortunadamente sólo quedó en un gran susto, se incorporó al pródigo anecdotario de este segundo día de estancia de las personas reales en Gran Canaria. Uno de los actos que con más cuidado se habían dispuesto para solemnizar la presencia del Rey en la isla, había sido la gran fiesta marítima en el puerto, coincidente con la recepción a que invitaba S.M. a bordo del *Alfonso XII* la noche del domingo, primero de abril. Pero, el viento, de nuevo, se encargó de intentar deslucir el que había sido considerado como el momento culminante de la visita del soberano a la Gran Canaria. Demos la palabra en este caso al Conde de Romanones: *“A bordo del Alfonso XII se celebró un baile en plena noche, para corresponder a los obsequios recibidos. Cuando la fiesta estaba en su apogeo, bailando las numerosas parejas sobre cubierta, y muy concurrido el ambigú, el barco perdió amarras y deslizándose, en movimiento no percibido, chocó contra una de las paredes del muelle. Cayeron al suelo los bailarines, se rompieron los platos, se derramaron las bebidas y la confusión fue enorme y la gente se asustó de veras; lo ocurrido no podía atribuirse a impericia en el mando, pues este estaba desempeñado por un capitán de la Trasatlántica, dos contralmirantes y el propio Ministro de Marina”*. La ciudad también celebraba la fiesta, se había

mantenido la iluminación, se lanzaban cohetes, las bandas de música recorrían las calles y en lo alto de la Isleta un letrero iluminado rezaba: Viva el Rey". La noche de tan intenso, agitado y ventoso día la pasaron el Rey y los Infantes en el Alfonso XII.

Podemos decir, parafraseando al recordado Padre Cueto, que este sobrio y austero edificio no mereció con más motivo el nombre de palacio que en aquellos días de la primavera de 1906, cuando se preparó, acondicionó, amuebló y alhajó para que en él se hospedaran el Rey Don Alfonso XIII y los Infantes Doña María Teresa y Don Fernando, ya que como el propio prelado señaló, hasta entonces había sido más bien la humilde morada de un fraile dominico. Y fue por unas jornadas un auténtico Palacio Real.

Juan Gómez-Pamo



Fray José Cueto
Obispo de Canarias

El Obispo cedió su palacio de la Plaza de Santa Ana como residencia para la Familia Real durante su visita a Gran Canaria, mientras él se trasladó al «Palacete» en el edificio del Seminario. Por indicación suya se colocó en 1906 una placa conmemorativa de la estancia del Rey en la entrada del Obispado, que desapareció después de 1908.



Diversas instantáneas del garden party ofrecido por la colonia británica en el Hotel Santa Catalina.



El Rey preside un desfile ante el Palacio Militar en San Telmo.



La Infanta y su marido que acompañaron al Rey por las calles de Las Palmas de Gran Canaria.

ÍNDICE

Salutación.	
<i>Josefa Luzardo Romano.</i>	5
Presentación.	
<i>María Isabel García Bolta.</i>	9
Recorrido Real	
<i>Motivos de la visita y llegada a Gran Canaria</i>	
<i>Miguel Rodríguez Díaz de Quintana</i>	13
Los actos festivos y lúdicos de una visita regia	
<i>Juan José Laforet</i>	27
Discreta visita de S. M. C. don Alfonso XIII a Gran Canaria	
<i>Javier Campos Oramas.</i>	47
Visita Real	
<i>El Palacio Episcopal y el primero de abril.</i>	
<i>Juan Gómez-Pamo Guerra del Río.</i>	59

Este libro se terminó de imprimir el día 22 de junio de 2006, para el «Paseo Nocturno por la Vieja Ciudad», en el curso del programa de las Fiestas Fundacionales de Las Palmas de Gran Canaria, 2006.

COLABORAN:



REAL SOCIEDAD
ECONÓMICA DE AMIGOS
DEL PAÍS DE GRAN CANARIA

FUNDACIÓN
MAFRE GUANARTEME